

DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Levítico 19, 1-2.17-18): *Sed santos, como yo, vuestro Dios.*

Salmo (102, 1-2.3-4.8 y 10.12-13): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

2ª lectura (1ª Corintios 3, 16-23): *El Espíritu de Dios habita en vosotros.*

Evangelio (Mateo 5, 38-48): *Él hace salir el sol sobre malos y buenos.*

Todos vamos definiendo y afirmando nuestra personalidad desde muy pequeños. Tendemos a ser singulares, y lo hacemos contradiciendo, oponiéndonos y decidiendo por nuestra cuenta frente a los demás: Elegimos nuestros juegos, nuestros cuentos favoritos, nuestros programas y nuestras diversiones. También lo que nos gusta aprender y lo que no, las comidas que nos agradan y los víveres que rehusamos, la ropa que nos ponemos, aunque no vaya de acuerdo con las decisiones paternas, las personas a quienes vamos a considerar nuestros amigos y aquellas que no acaban de agradarnos.

El entorno familiar o social nos propone muchas cosas y a veces la presión es grande para tratar de ajustarnos a todo eso, pero en el fondo de cada uno hay una cierta rebeldía que nos hace ser selectivos. Podemos presumir de nuestras victorias en este campo, pero sin duda, hay muchas otras cosas a las que tendremos que ajustarnos... Si usamos el verbo “*ser*”, tenemos que decir “*sé*” y no “*sabo*” o “*sepo*”, y si usamos el verbo “*caber*”, no debemos decir “*cabo*”, sino “*quepo*”. ¿Por qué? Pues lo tenemos que hacer porque el uso ha hecho que así se diga en nuestra lengua y porque queremos expresarnos de manera entendible. No hay alternativa si queremos sobrevivir y compartir la vida con los demás.

Nos vestimos de tal manera porque es lo que está de moda, aprendemos a jugar a eso que los demás juegan, cantamos y bailamos al ritmo que nos impone la época, estudiamos lo que nos parece que necesitamos, y lo hacemos en las instituciones a nuestro alcance, y, después, empezamos a buscar trabajo y no siempre hallamos el que quisiéramos, pero aceptamos lo que nos ofrecen si es la única oportunidad real para obtener lo necesario para el sustento personal y el de nuestra familia. En pocas palabras, nos vamos conformando a la vida social a pesar de nuestra lucha por ser originales.

Y, sin embargo, en el fondo de cada uno sigue muy vivo el “*pequeño rebelde*” que quería ser del todo original. No nos acabamos de acomodar a una vida ordinaria. Suspiramos por algo más. Unos buscan afirmar su originalidad en la violación de las normas y otros tratan de afirmarla en la superación de las mismas.

Hoy, Jesús apela a ese inconforme que llevamos dentro y nos invita a dejarlo libre, pero por el lado de la superación, de la perfección, de la búsqueda constante de ir más allá de lo convencional. Nos quiere capaces de vivir la inconformidad hasta sus últimas consecuencias, pero no en el incumplimiento o la violación de las normas, sino en la superación de las mismas a través de un comportamiento verdaderamente extraordinario.

La llamada a la santidad es propia de la vida religiosa, más en concreto de la vida cristiana. El ser humano, cada uno de nosotros, no estamos llamados a desaparecer, tampoco a decrecer, perder o disminuir. El ser humano solo se puede mirar en Dios; ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, y solo en Dios se reconoce a sí mismo. Ningún otro ser, por noble que sea, le hace justicia. Esta certeza de que todos los seres humanos estamos llamados a la santidad la encontramos ya en el Antiguo Testamento.

El profeta Isaías tiene una visión de Dios, el que es *«totalmente santo»*; el libro del Levítico nos invita también a ser “*santos*” porque Dios es santo. Ahora bien, el libro del Levítico, un poco más adelante, une la santidad a la que estamos llamados con el amor al prójimo. Este paso es fundamental, pues no se puede vivir, desde una perspectiva bíblica, la santidad de Dios de espaldas a las personas, más en concreto, a los hermanos.

San Mateo, por su parte, pone en labios de Jesús una llamada, una invitación, que parece a primera vista semejante, pero que no lo es. Jesús, es verdad, no nos llama a ser “*santos*”, como leemos en el libro del Levítico, sino que nos pide *«ser perfectos»*. Esta invitación a la perfección solo aparece en el evangelio de san Mateo, en dos ocasiones; las dos veces, relacionadas con el amor. Más en concreto, en este caso el texto nos habla de no caer en la venganza, sino de vencer el mal a fuerza de bien. Jesús siempre da un paso adelante en lo que se trata de vivir los mandamientos de Moisés. Nunca dice que estén derogados, o superados; Jesús los respeta, pero saca sus consecuencias hasta el final.

La pregunta inicial vuelve de nuevo. **¿El cristiano tiene que ser santo o perfecto?** Solo con estos dos textos bíblicos no podemos dar una respuesta definitiva. Más aún cuando en el texto paralelo del evangelio de san Lucas lo que nos pide Jesús es ser misericordiosos. Hay un elemento común a los tres textos: “*el amor*”. Dios es santo y su santidad se manifiesta en su amor. Dios solo sabe amar. Su perfección es su amor y su misericordia. Nosotros, que nos miramos en Dios, y que solo a Dios ponemos en nuestro horizonte de humanidad, solo podemos entender la santidad como perfección en el amor.